XUS MARTÍN GARCÍA

INVESTIGAR Y APRENDER

Cómo organizar un proyecto

ICE - HORSORI
Universitat de Barcelona

Capítulo 1

¿POR QUÉ ESTUDIAR EL TRABAJO POR PROYECTOS?

Este libro trata de cómo un grupo de niños y de niñas de nueve años aprende mientras investigan juntos –con ayuda de su maestro– sobre un tema que les interesa, es decir, mientras desarrollan un proyecto de investigación en clase.

Mi interés inicial por los proyectos se vincula a la educación en valores. Quería observar cómo los valores cristalizan en el aula en actividades complejas en las que se trabajan a la vez aspectos distintos. Pretendía ver cómo se viven los valores en actividades llenas de sentido para los alumnos, cercanas a sus intereses y especialmente significativas en la evolución de un curso escolar. Pero a diferencia de otros momentos curriculares –como las tutorías o los temas transversales pensados para tratar explícitamente temas directamente relacionados con los valores–, los proyectos no priorizan esta finalidad.

Los proyectos de investigación que desarrolla un grupo clase –de manera parecida a lo que ocurre con las asambleas, los créditos de síntesis, los talleres de ciclo, las agrupaciones flexibles o las fiestas que se celebran en el centro– son actividades que forman parte de la vida de la escuela y que se implantan con la voluntad de garantizar determinados aprendizajes, de hacer más eficaz la intervención docente, de favorecer el conocimiento entre los miembros

del centro o, sencillamente, de pasar juntos un buen rato. Pero, a la vez, son actividades que encarnan valores que se proponen con intensidad a los chicos y chicas que participan en ellas.

Me interesé por los proyectos porque en ellos se funde la adquisición de conocimientos con un intenso trabajo en valores. Pensé que este juego podría tener interés y que me permitiría ver cómo los niños se forman como personas mientras trabajan en clase; sin embargo, los proyectos son mucho más que una investigación impregnada de valores. Como tantas otras cosas que se hacen en la escuela, y de manera especial como ocurre siempre con las actividades complejas, en los proyectos se ponen en juego elementos muy distintos: se planifica el trabajo, se entrenan capacidades, se intercambian conocimientos, se colabora con los compañeros, se intensifican relaciones, se negocian intereses y, a veces, se llega a acuerdos. Sabía, y ahora estoy convencida, que la vida en el aula no es algo sencillo que pueda resumirse solamente hablando de proyectos o de valores. La vida escolar es precisamente eso: una realidad tan compleja como la vida.

Los resultados que ofrecemos a continuación pretenden mostrar la variedad de descubrimientos pedagógicos que hemos hecho a lo largo de nuestra investigación. Pero, antes de presentarla, haré un recordatorio rápido sobre los proyectos, de dónde surgen y cuál es su sentido en el ámbito escolar.

1.1. ¿De dónde surgen los proyectos escolares?

La primera idea que queremos expresar es que el trabajo por proyectos no proviene de una única tradición pedagógica. Son muchas las aportaciones y experiencias que lo han hecho posible, algunas de manera muy directa y otras asumiendo un protagonismo más discreto. Los factores comunes entre estas tradiciones, y que podemos considerar como puntos de partida de los proyectos de investigación, son dos: la crítica al tratamiento curricular del conocimiento y la necesidad de modificar los métodos de aprendizaje escolar.

En primer lugar, los proyectos son fruto de denunciar la distancia entre la escuela y la realidad. El contenido escolar, centrado en cuestiones académicas, ignora la vida de los alumnos fuera de la escuela y hace más difícil la generalización de lo que se trabaja en clase. Profundizando en la misma línea, se critica el currículum

centrado en asignaturas que supone la fragmentación del saber y el reparto del conocimiento. Un currículum poco sensible y encajonado que impide a los alumnos considerar los problemas reales y plantearse preguntas vitales. Interrogantes que no pueden ser contestados desde una única disciplina. La apertura de la escuela a la vida requiere un cambio radical en la organización curricular. La fragmentación por asignaturas debe dejar paso a un currículum integrado que supere los límites de las diversas materias y que estimule el uso de teorías, procedimientos y habilidades de diferentes áreas de conocimiento; al mismo tiempo, debe permitir comprender y dar respuesta a los problemas planteados. Además, el tratamiento interdisciplinar de los fenómenos, permitirá a los alumnos descubrir las dimensiones éticas y sociales del conocimiento, relegadas a segundo plano desde el currículum por asignaturas.

En segundo lugar, los proyectos también son el resultado de un conjunto de críticas que justifican la necesidad de un cambio en la manera de enseñar y de aprender en la escuela. Algunas de las más conocidas son el aprendizaje verbal y la mecanización del saber –que deriva en prácticas repetitivas de contenidos poco generalizables–, el uso de metodologías poco respetuosas con los intereses de los niños, la separación radical entre los roles de docente y discente, la ausencia de la actividad reflexiva, el estilo marcadamente individualista de la tarea escolar, y la evaluación centrada en los resultados sin tener en cuenta los procesos. A partir de estos argumentos, se reivindican intervenciones escolares atentas a la naturaleza del niño, que potencien su capacidad espontánea para aprender y conocer y que aprovechen la relación entre iguales como motor de aprendizaje. Así, desde sensibilidades variadas se insiste en la conveniencia de incorporar los problemas reales a la escuela, para favorecer que los alumnos afronten contenidos relevantes, entendiendo que sólo aquellas cuestiones que resultan interesantes y motivadoras pueden generar conocimientos. Asimismo, se reclama el uso de metodologías flexibles que permitan procesos de observación, de experimentación y de reflexión. En síntesis, podemos decir que la introducción del trabajo por proyectos apunta directamente a la función de la escuela y busca una metodología coherente con la nueva manera de entender el aprendizaje.

Es difícil nombrar todas las aportaciones que han propuesto una aproximación global e interdisciplinaria al conocimiento y que han defendido la investigación en el ámbito escolar. A pesar de

ello, destacaremos brevemente algunas de las más directamente vinculadas al trabajo por proyectos y que consideramos especialmente significativas.

Entre las referencias obligadas a la hora de hablar de métodos globalizados encontramos al pedagogo Ovide Decroly (1871-1932) y su propuesta de centros de interés, una de las más emblemáticas del currículum integrado. Decroly defiende una pedagogía basada en el interés del niño y en la relevancia del aprendizaje. Entiende que los niños tienen una percepción global de la realidad que les envuelve y que la escuela debe considerarla a la hora de diseñar el currículum. Los centros de interés, en tanto que ejes alrededor de los cuales se organizan las actividades escolares, hacen posible una intervención respetuosa con las capacidades y los ritmos de desarrollo de cada alumno, permiten considerar las necesidades fisiológicas, psicológicas y sociales del niño, y ayudan a crear un medio escolar favorecedor de la curiosidad infantil. Con los centros de interés desaparece la fragmentación del conocimiento en disciplinas y se crea un nexo de unión de todas las materias.

John Dewey (1859-1952), considerado por muchos el padre de los proyectos de investigación, insiste en la importancia de la acción y de la experiencia como motor de aprendizaje, y de la reflexión como uno de sus componentes indispensables. Afirma que el proceso de conocimiento siempre gira alrededor de un tema que afecta a la persona, de una inquietud que la preocupa y, por lo tanto, el pensamiento siempre tiene su origen en una situación problemática que es necesario resolver mediante el esfuerzo del aprendizaje. Un proceso de conocimiento que, según el autor, es el mismo que el proceso de investigación científica y que se debe poder aplicar a la escuela, favoreciendo la participación del alumno en la construcción de propuestas que dirijan sus aprendizajes. Su propuesta metodológica, juntamente con la visión pragmática del proceso de investigación y la vinculación entre experiencia y aprendizaje, serán elementos que otros autores retomarán más adelante.

Entre las aportaciones más directamente vinculadas al pensamiento de Dewey destaca el método de proyectos diseñado por William Kilpatrich (1871-1965), que traduce el proceso de conocimiento en un método didáctico para guiar la actividad de investigación en las escuelas. Un método que se desarrolla en cuatro fases: decidir el propósito del proyecto, elaborar un plan de trabajo que permita su resolución, ejecutar el plan diseñado y evaluarlo. Juntamente

con el valor de la experiencia, Kilpatrich insiste en la necesidad de que aquello que se estudia resulte interesante para los alumnos y sea de utilidad. Un proyecto de trabajo debe ser una propuesta entusiasta de acción, capaz de motivar a los alumnos que deben realizarlo colectivamente, pero también debe tener una dimensión práctica que permita mejorar algún aspecto de la realidad.

La práctica y los escritos de Celestin Freinet (1896-1966) son otra aportación que conecta con los principios educativos implícitos en el trabajo por proyectos. El convencimiento de que los niños aprenden porque son capaces de actuar directamente en los medios en los que participan explica el interés del autor por hacer de la escuela un espacio estimulante que potencie la actividad, la capacidad de investigación y las relaciones cooperativas. Así, elabora una serie de técnicas que permiten a los niños aprender a partir del tanteo experimental y de la libre expresión. El espíritu cooperativo, la combinación armónica entre actividad individual y colectiva, la investigación experimental y la elaboración de proyectos consensuados son elementos definitorios de su pedagogía que han ayudado a concretar la metodología por proyectos.

A pesar de ser muchas las aportaciones referidas a la actividad de investigación en la escuela, también en el ámbito de la educación no formal ha habido experiencias importantes en la puesta en práctica de proyectos de trabajo. Joaquim Franch (1944 -1987) es uno de los autores que ha hecho una reflexión más sistemática y que más ha contribuido a ampliar la aplicación de la pedagogía por proyectos más allá de los currículos escolares. La defensa de la acción y la relación como dinamismos psicopedagógicos sobre los cuales se articula un proyecto educativo en el marco del tiempo libre y su insistencia en organizar las actividades de los grupos en torno a proyectos escogidos, gestionados y valorados por los chicos, sitúan sus aportaciones en el interior de una tradición educativa que une el aprendizaje con la actividad de investigación sobre temas de interés (y realizada colectivamente). Una tradición que se vincula con los proyectos surgidos desde el movimiento *scoutt* como respuesta al compromiso con el medio y la actitud de servicio a la sociedad.

Finalmente, queremos destacar las aportaciones pedagógicas de Fernando Hernández y del Grupo Minerva. Su dilatada experiencia en el trabajo por proyectos –sus inicios se remontan a mediados de los años ochenta– ha tenido una concreción importante en la formación de profesorado y ha estimulado prácticas docentes creativas

en las que cada maestro puede elaborar su manera personal de enseñar por proyectos. Convencidos de que no se puede separar el sujeto que aprende y el que enseña del proceso de enseñar y aprender a comprender el mundo, entienden el aprendizaje como elaboración de una conversación cultural que permite dotar de sentido el conocimiento y establecer relaciones a partir de las preguntas que se plantean en cada investigación.

1.2. Actualidad de los proyectos

Hasta ahora hemos ofrecido una pincelada sobre cuál ha sido la génesis de los proyectos escolares. Hemos visto cómo las inquietudes pedagógicas que los avalan vienen de lejos y llegan al momento actual. Pero no basta con rememorar los orígenes de los proyectos para justificar su práctica. Los cambios sociales y los acontecimientos recientes que han sufrido nuestras sociedades incrementan la necesidad de llevar a cabo procesos de enseñanza-aprendizaje que recojan los principios educativos de los proyectos de investigación. Expresiones habituales como "sociedad de la información", "era planetaria", "caducidad del conocimiento" o "globalización", ponen de manifiesto la percepción que tenemos de las relaciones de interdependencia entre las sociedades actuales y reclaman nuevas maneras de preparar a los jóvenes para vivir en un mundo que ha sufrido importantes modificaciones en las últimas décadas. Entendemos que el trabajo por proyectos pasa a ser una oportunidad para afrontar algunos de los retos educativos actuales que se reclaman a las escuelas. Vamos a presentar a continuación cuáles son estos objetivos pedagógicos.

Aprender a mirar la complejidad. Los problemas esenciales nunca son simples. Intentar entenderlos y resolverlos supone asumir el reto de realizar un análisis integral, en el que se consideren todas las dimensiones implícitas de manera interrelacionada. La simplicidad a la hora de afrontar un dilema tiende a mutilarlo, a reducirlo, de tal manera que en lugar de abordarlo se le rehuye. En un momento en que los fenómenos sociales se muestran cada vez más globales y transversales, la educación debe renunciar a las visiones simplistas de la realidad y promover un trabajo que permita abordar los problemas desde su complejidad. La única manera de entender